

## La personalidad del Conde de Casal

*(Conferencia pronunciada en la Sesión pública y solemne que se dedicó al Conde de Casal el día 12 de Diciembre de 1954, en el Salón Alto del Excmo. Ayuntamiento de Toledo)*

El viernes, día 3 de Septiembre de este mismo año que estamos finalizando, fallecía cristianamente en Madrid el Excelentísimo Señor Don Manuel Escrivá de Romani y de la Quintana, Primer Marqués de Aiginet y Décimo Conde de Casal, desde que fué creado este noble título por privilegio otorgado el 26 de Marzo de 1658 por Felipe IV a Don Cristóbal de Cavanilles y Fenollet, noble del Reino de Valencia y Caballero de la Orden de Santiago.

Por disposición expresa del finado, no se dió cuenta de la defunción ni del entierro, consecuente con su proverbial modestia y con la sencillez de que rodeó todos los actos de su vida. Con su desaparición, sentidísima en los ambientes culturales, perdía Toledo uno de sus más apasionados admiradores y uno de sus más leales amigos. Su larga vida giró alrededor de problemas toledanos, ya fuesen de orden artístico o de orden social, porque si las exigencias de su espíritu cultivado se inclinaban hacia la investigación y el estudio, los afanes de su corazón cristiano le llevaban a la caridad para con el prójimo necesitado, como en aquellos años en que dirigió la lucha antituberculosa en España o como lo pregonaba ese Grupo escolar de Ventas con Peña Aguilera, costeado por su espíritu de mecenas.

Nació el Conde de Casal el día 16 de Noviembre del año 1871 en Madrid; contaba, pues, al fallecer casi los 83 años. A los 24 años terminaba la Licenciatura en Derecho en la Universidad de Madrid, entrando en posesión del título de Conde de Casal dos años después, y en 1898 era nombrado Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio.

Desde su acceso al Palacio Real fué altamente estimado por la Reina Regente de España, Doña María Cristina de Habsburgo

y Lorena, que por entonces pasaba por una de las más duras pruebas de su reinado con la pérdida de las Colonias. Tanto en literatura como en política, es el año 98 un año crucial para la vida española.

Figuró en las solemnidades de la Jura del Rey —17 de Mayo de 1902— en aquel deslumbrante cortejo que se dirigió desde Palacio Real al Congreso y desde allí a San Francisco el Grande. «En ninguna Corte de Europa, ni en la de Viena, escribe el Conde de Romanones, se hubiera podido ofrecer otro espectáculo semejante». Pocos meses después se le otorgó al Conde de Casal la Medalla de la Jura (1902) y en el año siguiente la de la Regencia.

Alejado de las intrigas y veleidades de la vida cortesana, él prefirió la labor más eficaz del apostolado rural, comenzando un ciclo de conferencias sobre la educación religiosa en Ventas con Peña Aguilera y Menasalbas (1910) y sobre «Sociología Cristiana» en el Patronato de jóvenes obreros de Madrid (1911), compatible todo esto con sus preocupaciones de propietario amante del campo y de sus problemas que le llevan a ser vocal del 9.º Congreso Internacional de Agricultura (1910); del Consejo de la Asociación de Agricultores (1911) y Tesorero-Secretario de las Asociaciones Agrícolas Católicas (1912).

En los actos de afirmación católico-social que se celebraron en Toledo el día 2 de Mayo de 1919, presidió aquella magna asamblea de obreros al lado del Excmo. Sr. Obispo Auxiliar de entonces, Don Juan Bautista Luis Pérez, gran conocedor de cuestiones sociales, y del Duque de Bailén, tomando parte activa como conferenciante con un notable trabajo sobre el régimen de la propiedad.

Con clarísima visión del problema del campo dijo que los conflictos rurales no se resuelven por una ley general para toda la nación, sino conforme a las necesidades de cada comarca. La aristocracia y el pueblo, dijo, han hecho en España obras colosales y en íntima unión pueden llegar a la restauración de la Patria.

Por eso se mostró siempre como celoso protector de los pequeños campesinos, entre los que ejercía una gran influencia patriarcal y bondadosa, evocando a aquel buen Conde de Orgaz que nos describió Francisco de Rojas en su «García del Castañar».

Desde entonces data su pasión por el campo toledado, en el

que transcurrieron largas jornadas de su vida y al que entregó sus valiosas experiencias de hombre inteligente y observador.

Las cacerías de la Ventosilla o de Zurraquín con los Duques de Medinaceli, con el Marqués de la Scala o con el Conde de Velayos. Estas circunstancias de su vida fueron patinando de comprensión y de sinceridad la psicología de su temperamento prócer.

Poco a poco se va perfilando en su personalidad una decidida preferencia por la Cerámica. En 1913 aparece en *«Industrias»* su primer trabajo sobre la «Cerámica de Alcora». Y es el mismo Conde el que escribe emocionado ante las restauraciones que lleva a cabo Don Sebastián Aguado, y ante la exposición que celebró en Madrid en el Círculo de Bellas Artes «cuando la arcaica obscuridad del anochecer madrileño envuelve la anchurosa prolongación de la Carrera de San Jerónimo, la luz de potentes focos, filtrada por los amplios ventanales invita a descansar gratuitamente entre aquellas producciones de la cerámica toledana moderna, siendo ésta su característica, la de que cuantos objetos allí se exponen tienen un marcado carácter regional, desde los barro hispano-árabes (góticos o moriscos que recuerdan las esplendideces de la técnica persa), hasta el arte nuevo, jamás modernista y siempre inspirado en elementos decorativos del siglo XIV, en el estilo mudéjar, para el que tanto se presta el barro rojo de Sonseca.

El reflejo metálico con su riqueza de irisaciones; la clásica técnica de «la cuerda seca», que produce platos y tarros inspirados en las decoraciones del Tránsito y en las telas del cardenal Mendoza; los baños estanníferos, que llamaríamos talaveranos de no estar en litigio la prioridad que disputa Toledo; hasta el arte nuevo, en fin, que produce notables ejemplares semejantes a los que Delft y Copenhague fabrican, no son fantasías caprichosas del genio, sino ensayos felicísimos que sólo pueden brotar del consorcio de la experiencia, de la cultura y del buen gusto de personas que han encanecido en una vida dedicada por completo al arte, en las intimidades del hogar convertido en laboratorio, y junto a la mufla que va perfeccionando los ensayos que al estudio se deben.

...Baste saber que gran parte de estas muestras de la cerámica toledana adornarán las casas madrileñas desde los salones de

Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel que, complacida de su visita, quiso adquirir algunos, hasta los edificios de los pintores en que se sabe dar al arte su justo valor.

He transcrito casi completa su crítica para demostrar lo atinado de sus observaciones y el culto que rendía al arte de nuestra ciudad y al valer de sus artistas. Por todas estas inquietudes, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, apenas con un año de existencia, pone en él los ojos para designarle Académico Honorario y Presidente de la Comisión Permanente en Madrid, en el año 1917. Todavía no estaba instalada nuestra Corporación en su actual domicilio social de la Casa de Mesa. Las sesiones se celebraban en la Escuela de Artes y Oficios, bajo la presidencia de aquel benemérito investigador Don Rafael Ramírez de Arellano. Tan sólo se había hecho un nombramiento de Académico Honorario con anterioridad al del Conde de Casal; a finales de Junio de 1916, se eligió al Emmo. Sr. Cardenal Don Victoriano Guisasola y Menéndez, a la sazón Cardenal Primado de Toledo.

Surge hacia el año 21, en «*El Castellano*», una interesante polémica bajo el título: «*Cartas a un toledano*», en donde se tocaban principalmente temas relacionados con el tipismo, conservación de los monumentos y conclusiones prácticas que pudiera resolver el Municipio. Terciaron en aquella encuesta Don Enrique Vera, Don Santiago Camarasa, Don Manuel Castaños Montijano, Don Teodoro de San Román y Don Hilario González, figuras altamente representativas de la cultura toledana.

Vivamente interesado por los asuntos que allí se tocaban, escribió así el Conde de Casal: «*Para mí, lo que da a Toledo el carácter de único no son sus grandes monumentos, con tener tanta importancia, sino esas callejuelas y encrucijadas que sólo se ven en la Imperial Ciudad...*» Como en Bélgica tiene más encantos para el visitante artista la típica Brujas, ciudad muerta, que la hermosa Bruselas con su grandioso Parlamento y sus calles parisinas.

Con la misma diafanidad que veía los problemas del agro toledano, sentía los problemas del arte; le encantaban aquellas románticas versiones que los discípulos de Fortuny o de Madrazo hacían de nuestros rincones y cobertizos. Sentía profunda devoción por las pinturas de Matías Moreno, a quien llamó pintor

elegante y admiraba el retrato que del artista hizo su amigo Carolus Durand, que consideraba como una de las mejores obras que tiene el Museo de Arte Moderno. Por eso aquellas sus airadas protestas cuando se hacía en cualquier calle o portada algún cambio o innovación, porque le hería en lo más íntimo de su exquisita sensibilidad que se atentase contra el conjunto artístico que en Toledo habían ido elaborando los siglos pausada y majestuosamente.

Su libro capital, el que aureoló su nombre de merecido prestigio, se publicó en 1919, ofreciendo las primicias de sus investigaciones a Toledo en una sesión celebrada por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas el día 10 de Marzo de 1918. Me refiero a su «Historia de la cerámica de Alcora», en elegantísimo volumen de 564 páginas. El Sr. Aragonés de la Encarnación calificó al libro «de excelsa originalidad».

En aquella obra, se lamenta el Conde de Casal del abandono que ha sufrido la historia de la cerámica y nos describe el señorío cantado por las «Trobas» a Ximénez de Urrea, desentrañando todos los antecedentes de los alfares levantinos con una preciosa biografía del Conde de Aranda y un estudio paleográfico e histórico de la carta puebla que se dió a la Villa de Alcora en 1333.

Poco después instituye una fundación que se titula «El premio de Alcora», cuyo capital y administración de sus intereses deja a esta Real Academia, con destino preferente de premiar al mejor trabajo de cerámica que anualmente se presente, previo anuncio de concurso hecho por nuestra Corporación, dejando así un perpetuo estímulo para los artistas toledanos.

Sigue a este libro una época de feliz actividad en su pluma, como lo demuestran sus trabajos en «Arte Español» sobre «Enterramientos Reales», biografías de Vega de la Hoz, Torrecilla y Comillas; «Las firmas en los cuadros religiosos de la Exposición del antiguo Madrid», «Exposición de Bellas Artes e Industrias toledanas», «Sert. La grandiosa decoración de la Catedral de Vich» y otros.

Para el historial de nuestra Academia es también importantísimo su discurso leído en sesión pública celebrada en el Seminario Conciliar sobre «El Castañar de Cisneros», el día 8 de Noviembre de 1917, con motivo del IV Centenario de la muerte del insigne Cardenal; basadas sus investigaciones en trabajos

inéditos, llega a intercalar en su monografía una curiosa conversación de dos Franciscanos que hablan sobre cosas acaecidas en el convento por los primeros años del 1700, que fué publicada en uno de nuestros Boletines.

El Conde sentía singular preferencia por aquel antiguo señorío de los Palomeques de Olías, de los Ramírez de Guzmán y de los Rojas, nombres gloriosos de nuestra vida municipal, que encontramos con frecuencia escritos en áureos miniados en los documentos del Archivo.

Una tercera parte de la inmensa finca, que contó primitivamente con una extensión de 22.000 fanegas de terreno, formó parte de la dote de Doña Juana, casada con Don Pedro Suárez, Señor de Gálvez, Conde de Pinto, unido luego a la Casa Ducal de Uceda; pasó luego por manos de distintos poseedores, como Frey García de Padilla, Maestre de la Orden de Calatrava. La inmortalizó uno de sus más famosos señores, Don Francisco de Rojas y Toledo, el célebre historiador toledano, conocido más por el nombre de Conde de Mora, el sobrino del Cardenal Sandoval y Rojas.

Por sucesivas compras y herencias, vino a parar esta finca a Don Guillermo Escrivá de Romani y Dusay, padre del Conde de Casal. Y es el propio Conde el que escribe:

«Un centenar de años nos separa de aquella triste fecha en que termina una era de antiguos recuerdos, y El Castañar reaparece hoy completamente renovado para ocupar el puesto que le corresponde entre las dehesas de la provincia. Recogidas sus aguas, mueven modernas maquinarias que transforman su fuerza: eléctricos generadores, mientras los arados surcan sus cultivados campos y amplias carreteras unen entre sí los sitios más apartados de la finca.

»Las antiguas casas de Labrador y Rojas, véanse sustituidas hoy por nuevo palacio que retiene a sus dueños gran parte del año en el trato íntimo de sus dependientes y colonos, alguno de los cuales recuerda todavía con gratitud aquel Sanatorio militar en que recobró la salud perdida en la malograda campaña de Cuba, cuando la poseedora entonces de El Castañar (Doña Ramona de la Quintana, madre del Conde) abrió las puertas de su dehesa a los repatriados enfermos.»

He citado con algún pormenor estos detalles para conocer en

su intimidad el ambiente de caridad, de patriotismo y de señorío en que aprendió a ser noble el ilustre finado.

En el año 1923 fué admitido el Conde de Casal como miembro de número en la Real Academia de San Fernando, de Madrid, pronunciando un documentado discurso de ingreso sobre «La Azulejería, como motivo decorativo de la Arquitectura».

El 24 de Abril de 1926, leyó otro interesante discurso ante Su Majestad la Reina Doña Victoria Eugenia, como Presidente Delegado de la Lucha Antituberculosa, con motivo de la inauguración de nuevos pabellones en el Sanatorio de Valdelatas, leyendo desde esa fecha hasta el año 1930 su Discurso anual en Palacio ante la Junta Nacional del Patronato.

Son incesantes también sus intervenciones a favor de Toledo como Senador por la Provincia, tres veces reelegido, defendiendo cuestiones relacionadas con el señorío y palacio de Ugena. En 1927 es nombrado Académico Correspondiente de la Real de Santa Isabel de Hungría de Sevilla (tres años antes había sido elegido para Correspondiente de la de San Luis de Zaragoza) e Infanzón de Illescas.

Toledo, que sabe agradecer, se percató bien pronto de la deuda que tenía contraída con tan activo luchador por los intereses de nuestra ciudad y de nuestra provincia y por sesión del 11 de Diciembre de 1929, suscrita por el entonces Alcalde de Toledo Don Gregorio Ledesma Navarro, y por los concejales Don Rafael Gómez-Menor, Don Constantino Rodríguez, Don Alfonso Rey Pastor y Don José Luis Morales, se acuerda confeccionar un artístico pergamino en el que se haga constar el agradecimiento de los toledanos y por el que se le nombró «hijo adoptivo» de la Imperial Ciudad.

Recibe por entonces las últimas pruebas de afecto de nuestro Monarca Don Alfonso XIII, que le concede las grandes Cruces de la Concepción de Villaviciosa, de Portugal, de Isabel la Católica y del Mérito Naval con distintivo blanco. Su último acto de fervorosa adhesión a un régimen que había ennoblecido con siglos de gloria a nuestra amada Patria, queda patentizado en su famoso discurso necrológico, que publicó «*Arte Español*», dedicado a la muerte de la Infanta Doña Isabel de Borbón, acaecida en París, poco después de declararse en España la República.

Llegamos al año 1936, en que se produce ese terrible colapso,

que Dios quiso que no fuese mortal, gracias a su soberana protección, sobre la nación española. Refugiado con su esposa en una Embajada, pasó aquellos años en una dolorosa inactividad el Conde de Casal. Su Madrid, la riente capital de España, en poder de la barbarie y de la incultura. ¡Cómo adivinaría desde su refugio el saqueo de los palacios madrileños! ¡Las colecciones de sus museos amados en plena calle! ¡El Cristo de Velázquez, traído y llevado a remolque de coches de carga! Su hogar, el delicioso palacete de la Plaza de Cánovas, convertido por la inteligencia y la sensibilidad de su dueño en museo y pinacoteca, profanado por las turbas. Y la baja de su hijo el Marqués de Alginet y numerosos familiares.

Ante la nueva España, que se ponía en pie a fuerza de heroísmos, ofrece el Conde su más decidida colaboración, figurando como Primer Teniente de Alcalde en el Ayuntamiento de Madrid. Reanuda sus actividades de investigador y de conferenciante con su precioso discurso sobre «Los amigos de los Museos de Barcelona», pronunciado el 24 de Noviembre en el Ayuntamiento madrileño. Pronuncia dos brillantes informes en las Reales Academias de la Historia y de San Fernando sobre el «Estado actual de la Escultura» y sobre «La acuñación monetaria». Escribe en el «A B C» sobre la «Estatua de Recaredo» (23 de Febrero de 1943) y en «El Español» (2 de Enero del mismo año) sobre «Las cenas académicas. Dos palacios hermanos en el mudejarismo toledano» (Boletín de Excursiones, 1944), «La casa de los viáticos» (Boletín del Ayuntamiento de Madrid, 1945), «La criminalidad de guerra ante la lógica española». Necrología del Conde de Polentinos («Arte Español», 1946). Discurso en la sesión inaugural del Curso 1949-50 del Instituto de España: «Evocación del arte español en la primera mitad del siglo XX». Homenaje a los académicos y artistas fallecidos durante ella.

Muchos son los trabajos que tendría que enumerar, y sólo el enunciado de sus epígrafes prolongarían demasiado esta sesión.

Sí quiero destacar con grandes caracteres la aparición de la segunda edición sobre «La cerámica de la ciudad de Toledo» (Madrid, 1954) a principios de este año.

Es su último libro y es como un canto de cisne al arte toledano. Me permití hacer algunas reseñas sobre la importancia de esta obra en las páginas de «El Alcázar» y en el núm. 40 de la



Revista «*Ayer y Hoy*». Conservaré siempre con veneración su carta de agradecimiento, y nuestra ciudad tampoco debe olvidar que la dedicó a «la Imperial Ciudad», Capital artística de España.

Fiel con sus compañeros de la Academia de Bellas Artes de Toledo, acudió presuroso al homenaje que se rindió en este mismo salón al Presidente, Ilmo. Sr. Don Julio Pascual, el día 29 de Junio de 1952, recogió después sus impresiones en un artículo publicado en el núm. 30 de «*Ayer y Hoy*», evocando las figuras de los primeros académicos: Don José María Campoy, Don Angel María Acevedo, al Obispo Prior Dr. Estenaga, a Don Verardo García Rey, etc. Así como el libro anterior era el Adiós a la Ciudad, este artículo era el Adiós a la Academia y a sus amigos.

Con esta breve e incompleta semblanza queda justificado el poderoso motivo de agradecimiento que Toledo tenía hacia esta destacada figura de la aristocracia de la sangre y de las letras.

El día 3 de Septiembre llegó a él la muerte como se acercaba a los heroicos caballeros del siglo XV para decirle:

Después de puesta la vida  
tantas veces por su ley  
al tablero.  
Después de tan bien servida  
la corona de su rey verdadero;  
después de tanta fazaña  
a que non puede bastar  
cuenta cierta,  
estando en su villa amada  
vino la muerte a llamar  
a su puerta,

diciendo: «Buen caballero,  
dejad el mundo engañoso e su halago;  
vuestro corazón de acero,  
muestre su esfuerzo famoso  
en este trago.

Non se os haga tan amarga  
la batalla temerosa  
que esperáis,  
pues otra vida más larga  
de la fama gloriosa  
acá dejáis».

Clemente Palencia

